

## RAFAEL MIR JORDANO. SEMBLANZA GENIO Y FIGURA...

Diego Medina Morales  
Académico Numerario

---

La muerte, cualquiera que sea su protagonista, resulta siempre intempestiva, pues pese a ser un hecho natural y cierto, siempre pensamos en ella como en una mera hipótesis, una incertidumbre antipática y molesta con la que resulta difícil relacionarse; por esta razón, generalmente, cuando nos anuncian la muerte de un amigo, allegado o familiar, no solemos nunca estar preparados y la muerte suele ser mal recibida, aceptada a regañadientes, con dolor y conmoción, con pérdida de serenidad que, por lo general, en los primeros momentos, nos hace encerrarnos en los sentimientos y en los recuerdos que predominan e impiden, sobre la razón, comprender que simplemente la muerte es un hecho más de la vida y que precisamente, como cantara Jorge Manrique:

Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar en la mar,  
que es el morir:  
allí van los señoríos,  
derechos a se acabar  
y consumir;  
allí los ríos caudales,  
allí los otros medianos  
y más chicos;  
y llegados, son iguales  
los que viven por sus manos  
y los ricos.

La muerte, el «sueño eterno» que pone fin a nuestra mundana vida, nos traslada cuanto menos, todavía en este mundo, al mundo perdurable del recuerdo, eso sí, siempre y cuando, en el tránsito, hayamos dejado méritos para que tal recuerdo haya sido ganado. También Manrique nos da cuenta de ello, cuando hace referencia a la fama, quiero decir, de todo aquello que origina la fama y que la hace pervivir tras la muerte:

No se os haga tan amarga  
la batalla temerosa  
que esperáis,  
pues otra vida más larga  
de fama tan gloriosa  
acá dejáis.  
Aunque esta vida de honor  
tampoco no es eternal,  
ni verdadera,  
mas, con todo, es muy mejor  
que la vida terrenal,  
perecedera.

Rafael Mir Jordano fue, además de muchas otras cosas, un gnóstico convencido, un ateo, pero un ateo que, aunque rebelde, siempre fue respetuoso hacia su cultura y hacia su mundo de pertenencia, un nihilista que pasó sus últimos años de vida negando la Trascendencia y murió en ello; yo, en esa particular cuestión, fui siempre su antagonista (en respetuoso diálogo) y, por eso deseo, en mi fuerte convicción, que, finalmente, pueda ahora haber comprobado, por experiencia trascendente propia, que la «razón» de mi «arracional» argumentación (cuando le rebatía) era la concluyente y que pese a su lealtad al escepticismo teológico, haya sido acogido por las manos de Dios, es decir, que, muy a disgusto suyo, tenga que tertuliar, ahora, con los padres santos y hasta con el arcángel custodio, lo cual le tendrá algo «cabreado», si así es, pues como sabemos era un hombre de carácter, pero también entretenido y ocupado, mientras los demás vamos llegando y dejando así vacantes nuestros sitios académicos.

Yo le conocí corriendo el año 1981, sin embargo, él no me conocería hasta pasado algún tiempo, pues por entonces yo era un recién llegado, un desconocido para la sociedad cordobesa, pues acababa de incorporarme a la, por entonces, muy joven Facultad de Derecho de Córdoba para, como recién licenciado, iniciar mi carrera académica. En aquellos días Rafael Mir había sido encargado de la cátedra de Derecho Mercantil (todavía vacante, aunque por poco tiempo, pues en 1983 llegaría José María Viguera Rubio como flamante catedrático desde Sevilla). Recuerdo que nos cruzamos por primera vez a las puertas de este edificio (Pedro Lope de Alba); fue en una situación tensa, pues en las escaleras de entrada del edificio los alumnos de su asignatura habían organizado una especie de manifestación con motivo de un desacuerdo acerca de la materia que se había que dar en el examen final de la asignatura; yo, que había pretendido ac-

ceder al edificio sin éxito, contemplé la escena, desde la acera de enfrente, una escena que me pareció digna de formar parte de un episodio literario (en este caso, además de creador, Rafael intervenía como protagonista). Los alumnos gritaban, algunos sentados en las escaleras, otros de pie, y mantenían un ambiente hostil en defensa de lo que seguramente consideraban su legítimo derecho; de pronto Rafael apareció por la puerta superior de la escalera e inmediatamente se produjo un inesperado silencio, tras acceder al portal continuó caminando como si toda aquella muchedumbre fuera inexistente a su paso y, efectivamente, conforme él empezó a descender por las escaleras la masa se abrió como el mar Rojo, nos cuenta la Biblia, se abriese para dejar paso a Israel, mientras tanto el profesor terminó de descender sin inmutarse y salió del edificio como si nada fuera con él. Esa fue mi primera experiencia con nuestro querido y admirado Rafael Mir, y todos los que lo hemos conocido y tratado sabremos reconocerlo en la misma.

No era hombre fácil, si por tal se tiene a un sujeto de poca personalidad, pues precisamente Rafael Mir nunca fue un hombre del que pudiéramos declarar que tuviera poca personalidad, por el contrario, la tenía y mucha; radical en sus convicciones, incluso llegó a admitir (Diario *Córdoba* 10 de abril de 2011, en una entrevista de nuestra académica D.<sup>a</sup> Rosa Luque) que era rencoroso:

Sí, sí, sí. Y a veces sufro, no por la pequeña maldad, todos tenemos debilidades humanas. Pero hay cosas grabadas a fuego en la memoria que recuerdo con rencor. Por ejemplo, la enseñanza religiosa en mi niñez, el sadismo de algunos sacerdotes. Que a un niño de siete años se le deje sin dormir torturándose porque se ha tomado una pastilla Juanola antes de comulgar es repulsivo.

Un rencor que, más que resentimiento, evidenciaba una cierta rebeldía contra ciertas realidades mundanas que para su singular concepción de la vida no tenían justificación. Un rencor que más que resentimiento era verdadera pasión, porque Rafael era hombre de convicciones (las suyas) que defendía apasionadamente, aunque siempre con respeto (que no descomedimiento, rayano en alguna ocasión con educadas «malas maneras»). Esa personalidad le permitió triunfar en múltiples facetas de la vida, y así fue un magnífico abogado, prolongando la tradición familiar, pero también un magnífico y valiente literato al que no le faltaron críticas, muy duras respecto a alguna de sus obras literarias, y particularmente a la publicación de unas, tal vez demasiado, valientes memorias, por parte de algu-

nos de sus colegas y seguidores; él mismo reconoce haber perdido amigos por culpa de ese libro:

Achaco a las memorias algún insulto aislado en el buzón de voz del teléfono, eso sí, y además creo reconocer la voz de uno de los más claramente abanderilleados en el libro. Pero, en fin, la gente ya tenía suficiente mala opinión de mí como para empeorarla con el libro (ríe). Me refiero a mi sarcasmo, a mi naturaleza crítica... Me cuesta muchísimo trabajo no ser sincero. Para mí decir lo que pienso ha sido un lujo en la vida, pero también he pagado un alto precio. La sinceridad me ha costado perder algún cliente muy importante. (Diario *Córdoba*, citado).

A Rafael me unieron muy diversas circunstancias, en primer lugar el Derecho, tanto en su aspecto teórico como práctico, pues durante algunos años coincidimos en tareas docentes en la Facultad de Derecho de Córdoba y más tarde, con ocasión de mis funciones judiciales, pude comprobar su magnífico «hacer derecho», pues esa fue su profesión, la abogacía y la ejecutaba con gran perfección y profesionalidad. Pero también a él me fueron acercando algunas otras circunstancias, más personales, como haber sido profesor de dos de sus hijos, Cristina y Rafael, con lo que tuve una muy buena relación que aún creo que conservo con Cristina. Mi afición a la literatura hizo que también siguiera algunas de las creaciones literarias de Rafael y que prontamente descubriese que, desde su juventud, destacó por su inquietud cultural, fundando, cuando no resultaba tan fácil, una revista poética en Madrid (*Arquero*) y otra literaria en Córdoba (*Revista del Mediodía*) y tomando contacto y comprometiendo a autores que colaboran en ellas: Antonio Gala, Gloria Fuertes, Antonio Buero, Gabriel Celaya, Enrique Tierno, etc., pero, sobre todo, descubrí en Rafael Mir un gran cuentista, pues este género, en el que a mí siempre me pareció que se movía como «pez en el agua», dominándolo absolutamente; a este género pertenece su libro recopilatorio *Cuentos Completos* que recogía, entre otros, sus previas obras *Cayumbo*, *Estamos solos*, *Cuentos de una Cuarta*, *Cuentavidas* y *Cuarenta adulterios*; como ha dicho Rafael Millán (editor de este libro) acerca de esta obra y de su autor:

A la provocación no beligerante y la ironía permanente se unen imaginación y concisión como características esenciales que definen el estilo del escritor cordobés. La imaginación incontenida lleva a la desmesura pero la concisión refrena y obliga a manejar con agudeza la economía de medios (Diario *Córdoba* 17 de marzo de 2018; *Cuentos completos de Rafael Mir*).

Rafael además escribió otras muchas obras y experimentó muchos otros estilos literarios, novela, teatro, ensayo, crítica y, como todos sabemos, fue un gran articulista. Pero además su interés por el teatro, el cine y la música lo hacían figurar como un gran amante de las artes, y precisamente nuestra común afición a la música clásica nos acercó nuevamente en un proyecto, de los que apasionaban a Rafael, como lo fue la defensa del necesario mantenimiento y supervivencia de nuestra orquesta de Córdoba. Era el año 2012, se acababa de cumplir el 20 aniversario de la creación de la orquesta y orbitaba la idea de que podía peligrar su continuidad. Rafael me llamó personalmente, conocedor de mi interés en el tema, y me invitó a participar en la constitución de la asociación «Amigos de la orquesta de Córdoba» creada con la intención de sostener el mantenimiento, avance y mejora de la Orquesta, un proyecto en el que siempre fuimos de la mano, como lo acredita el hecho de que a su toma de posesión como Presidente, años después, me pidiese participar en la Juta directiva como consiliario, como así fue.

La brevedad que exige una necrológica como esta no permite que podamos destacar las muchísimas otras facetas de un tan polifacético individuo como lo fue D. Rafael Mir Jordano: cazador, tertuliano, conferenciante, político, amante de la cultura y un largo etcétera más. Sirvan las palabras que nuestra compañera académica Rosa Luque le dedicó en el homenaje que esta institución hizo al finado con motivo de su 90 aniversario en las páginas del diario *Córdoba* para poner broche de oro a esta modesta semblanza:

Este prestigioso abogado cordobés, escritor y dinamizador de la cultura con mayúsculas, nonagenario socarrón y seductor —genio y figura...—, ha sido un tipo ubicuo y laborioso que repartió alma, corazón y vida por cuantos saberes y quehaceres fue multiplicándose. Inquieto, intenso y críticón, ha puesto igual pasión en la defensa de un pleito arriesgado que de safari en África (alguna vez se ha definido como «un depredador nato»); lo mismo enseñando Derecho que en cine-clubs como el que cofundó en los sesenta en el Círculo de la Amistad; ante los conciertos de la Orquesta de Córdoba, que rara vez se pierde, y como tertuliano de locuacidad contundente, facetas estas dos últimas a las que sigue entregándose con entusiasmo juvenil cuando la salud se lo permite (Diario *Córdoba* 24 de junio de 2021, Alma, corazón y vida).

